
Guerra y paz sin las mujeres*

Giséle Halimi

Las mujeres de Afganistán, ya reducidas al estado de no personas, desaparecen de la escena internacional. Diez millones. Borradas del mundo, reducidas al estado de fantasmas. Allí están, golpeadas con la no existencia. Contra los talibanes lucharon con heroísmo. En la sombra y a pesar del peligro, han alfabetizado y enseñado -¿el saber no es en sí un arma?-, han ocultado, han curado. El mundo entonces guardaba silencio sobre su destino. Encerradas, reclusas, reducidas al estado de objetos sin forma, mudas, sin embargo, lograban informarnos. Lograban movilizarnos para el reconocimiento de los derechos elementales que se les negaban: ir y venir, estar escolarizadas, consultar a un médico, trabajar, entre otros.

Con dificultad y en breves notas, su voz nos llegaba.

Ahora bien, se evoca el futuro de Afganistán. La posguerra. Y nadie las consulta sobre el proyecto urdido por George W. Bush y Colin Powell, su secretario de Estado.

En el centro de una coalición heteróclita, están los opositores al fuego, el comandante Massoud, la Alianza del Norte, cuyo reinado fue tal que los talibanes en 1996 fueron acogidos con alivio en Kabul, sin que se derramara ni una gota de sangre. El maltrato contra las mujeres, la violencia sexual en particular, dejó recuerdos de horror.

Rafat, la responsable de la Asociación Revolucionaria de Mujeres de Afganistán, declaró hace unos días: "Las mujeres afganas nunca olvidarán los años de 1992 a 1995, cuando reinaban los mujaidines de la Alianza del Norte... Se entregaban a todo tipo de brutalidades... la violación sexual era una práctica cotidiana..." (*Le Figuro*, 22 de octubre).

* Artículo aparecido en *LeMonde*, 6 noviembre 2001. Tomado de globalresearch.ca/articles/HAL111A.htm1, Centre de recherche sur la mondialisation, CRM.

Por otra parte, en ese momento las mujeres se propusieron luchar contra el fundamentalismo islámico. Porque no hay que equivocarse: los enemigos del fundamentalismo talibán son fundamentalistas de otras tribus. Según todos, la mujer no tiene derecho a la dignidad de ser humano.

Rafat y la mayoría de las mujeres afganas no quieren un gobierno que tenga, en lo que a ellas se refiere, la misma política de represión.

Colín Powell incluso llegó a concluir un acuerdo con la Alianza del Norte y el ministro actual de relaciones exteriores de Kabul. "Un talibán modelo", dijo, añadiendo que talibán significa "régimen" (que hay que eliminar), "enseñanza y creencia" (que hay que conservar).

¿Hacia qué solución quieren orientarse los Estados Unidos? ¿Y para quién sería buena, dentro de tal ambigüedad?

Para las mujeres no, en todos los casos, a quienes esta *pax* americana entregaría a los vasallos de los nuevos jefes islamistas, que se reparten el poder por turnos.

Aun con ciertos ajustes, la suerte de las mujeres seguiría siendo la misma. Están tan apartadas de la paz como ajenas a una guerra que devasta su país. Su futuro no coincide tal vez con el proyecto internacional masculino posterior a los talibanes.

Las relaciones peligrosas de la Casa Blanca y de su aliado pakistaní están cargadas de amenazas para nuestras hermanas afganas.

Made in America o made in Kabul, una burqa sigue siendo una burqa. Un encierro criminal.

Traducción Mónica Mansour